

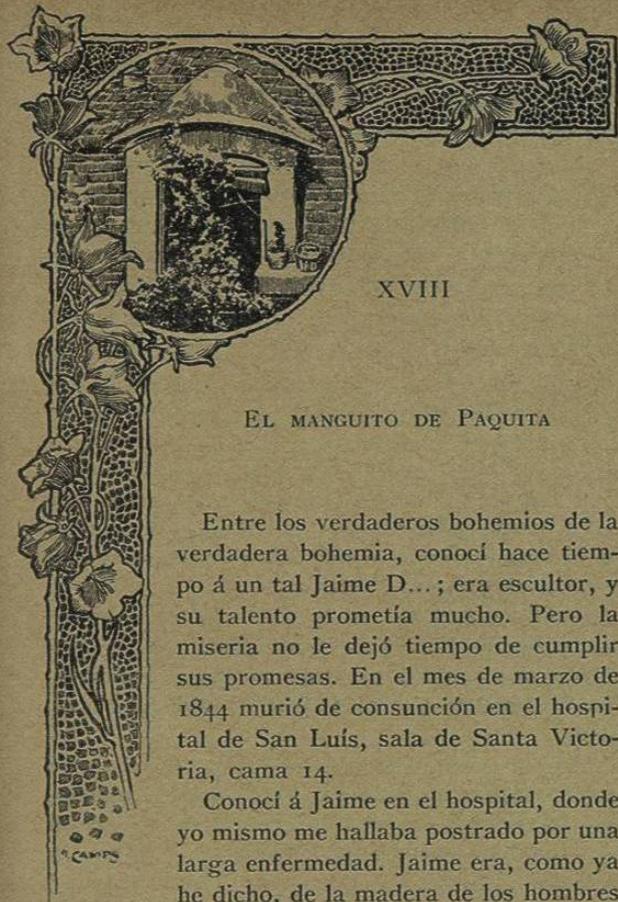
decía—pero en el campo no se encuentra á nadie, y no habrá quien vea mi lindo sombrero y mi hermoso vestido. ¿Si fuéramos de campo en el bulevar?

A las ocho de la mañana, todo el vecindario andaba revuelto por los toques de trompa de Schaunard, que daba la señal de la marcha. Todos los vecinos se asomaron á las ventanas para ver pasar á los bohemios. Colline, que era de la partida, cerraba la marcha llevando las sombrillas de las damas. Una hora después toda la alegre banda estaba dispersa por los campos de Fontenay-aux-Roses.

Cuando volvieron á casa á altas horas de la noche, Colline, que durante todo el día había ejercido las funciones de tesorero, declaró que se habían olvidado de gastar seis francos, y dejó el sobrante sobre una mesa.

—¿En qué los emplearemos?—preguntó Marcelo.

—¿Si compráramos títulos de la deuda?—dijo Schaunard.



XVIII

EL MANGUITO DE PAQUITA

Entre los verdaderos bohemios de la verdadera bohemia, conocí hace tiempo á un tal Jaime D...; era escultor, y su talento prometía mucho. Pero la miseria no le dejó tiempo de cumplir sus promesas. En el mes de marzo de 1844 murió de consunción en el hospital de San Luís, sala de Santa Victoria, cama 14.

Conocí á Jaime en el hospital, donde yo mismo me hallaba postrado por una larga enfermedad. Jaime era, como ya he dicho, de la madera de los hombres de talento, y no obstante, no lo daba á conocer. Durante los dos meses que le frecuenté, en los que se sentía mecido entre los brazos de la muerte, no le oí quejarse una sola vez, ni entregarse á las lamentaciones que han puesto en ridículo al artista no comprendido. Murió sin jactancia, haciendo la mueca horrible de los agonizantes. Aquella

muerte me recuerda una de las escenas más atroces que he visto en mi vida en este mundo de dolores humanos. Su padre, sabedor del suceso, corrió para reclamar el cuerpo y estuvo regateando mucho rato para soltar los treinta y seis francos que exigía la administración. Regateó también los oficios divinos con tanta insistencia, que acabaron por rebajarle seis francos. En el momento de poner el cadáver en el ataúd, el enfermero quitó la arpillera del hospital y pidió á uno de los amigos del difunto que se encontraba presente con qué pagar la mortaja. El pobre diablo, que se hallaba sin dinero, fué á decirselo al padre de Jaime, quien se puso atrozmente furioso y preguntó si no le habían cansado bastante aún.

La hermana novicia que asistía á esa monstruosa disputa echó una ojeada sobre el cadáver y dejó escapar esta tierna é ingenua frase:

—¡Oh! caballero, así no se le puede enterrar, pobre muchacho: ¡hace tanto frío! Pónganle al menos una camisa, para que no llegue completamente desnudo á la presencia de Dios misericordioso.

El padre del artista dió cinco francos y el amigo pudo comprar una camisa; pero aquél recomendó que fuera á un almacén de géneros de la calle de la Grange-aux-belles, que vendía ropa blanca de ocasión.

—Así costará menos—añadió.

La crueldad del padre de Jaime me fué explicada más tarde; estaba furioso porque su hijo quiso abrazar la carrera de las bellas artes, y su cólera no se apaciguó ni siquiera ante el ataúd.

Pero me he ido muy lejos de la señorita Paquita y de su manguito. Prosigo: la señorita Paquita había sido la primera y única amante de Jaime,

quien, por cierto, no había muerto en edad avanzada, pues tenía apenas veintitrés años en la fecha en que su padre quería enterrarle completamente desnudo. Aquel amor me fué relatado por el mismo Jaime, cuando él estaba en el número 14 y yo en el número 16 de la sala de Santa Victoria, un sitio muy feo para morir.

Ahora que me acuerdo, antes de empezar esta relación, que sería muy hermosa si supiera contarla tal como la oí de mi amigo Jaime, dejadme fumar una pipa en la vieja pipa de tierra que me regaló el día que el médico le prohibió su uso. No obstante, por la noche, mientras el enfermero dormía, mi amigo me pedía por favor su pipa con un poco de tabaco: son tan largas y fastidiosas las noches en aquellas grandes salas, que no se puede dormir y se sufre mucho.

—Nada más que una ó dos chupadas—me decía, —y yo le dejaba hacer, y la hermana Santa Genoveva hacía como si no notara el humo cuando pasaba para hacer la ronda. ¡Ah! ¡buena hermana! ¡qué buena era usted, y qué hermosa cuando venía á echarnos agua bendita! La veíamos venir de lejos, andando dulcemente bajo las sombrías bóvedas, con sus tocas blancas, que tan bonitos pliegues hacían, y que tanto admiraba nuestro amigo Jaime. ¡Ah! ¡buena hermana! Usted era la Beatriz de aquel infierno. Eran tan dulces sus consuelos, que nos quejábamos siempre para ser consolados por usted. Si mi amigo Jaime no hubiera muerto aquel día que nevaba, habría concluido para usted una pequeña Virgen para que la tuviera en su celda; ¡buena hermana Santa Genoveva!

UN LECTOR.—Oiga usted ¿y el manguito? Hasta ahora no lo veo.

OTRO LECTOR.—¿Y la señorita Paquita, dónde está?

PRIMER LECTOR.—¡No es muy alegre, que digamos, esa historia!

SEGUNDO LECTOR.—Veamos cómo termina.

—Yo les pido perdón, señores, la pipa de mi amigo Jaime me ha arrastrado á esas digresiones. Pero, á decir verdad, yo no les he prometido hacerles reír siempre. No todos los días son alegres en la Bohemia.

Jaime y Paquita se habían encontrado en una casa de la calle de la *Tour-d'Avvergue*, donde se instalaron al mismo tiempo al finalizar el mes de abril.

El artista y la joven pasaron ocho días sin entablar las relaciones de vecindad á que se ven casi siempre obligados los que viven en un mismo rellano; sin embargo, sin haberse cruzado una sola palabra, se conocían ya mutuamente. Paquita sabía que su vecino era un pobre diablo de artista, y Jaime averiguó que su vecina era una costurera que se había escapado de su familia por no poder soportar los malos tratamientos de su madrastra. La pobre muchacha hacía prodigios de economía para, como se dice, hacer hervir el puchero; y como nunca conoció lo que era felicidad, no la deseaba. Y he aquí cómo se comunicaron á través de la pared medianera que les separaba. Una tarde del mes de abril, Jaime volvió á su casa rendido por la fatiga, en ayunas desde por la mañana y profundamente triste, con una de esas vagas tristezas que no provienen de ninguna causa conocida, y que se apodera de todo el ser, constantemente, una especie de apoplejía del corazón á la que están sujetos particularmente los desdichados que viven solitarios. Jaime, que se ahogaba en

su estrecha celda, abrió la ventana para respirar un poco de aire. El crepúsculo estaba hermoso, y el sol poniente desplegaba sus melancólicas combinaciones sobre las colinas de Montmartre. Jaime se quedó pensativo en la ventana, escuchando el coro alado de las armonías primaverales que cantaban entre la calma del crepúsculo, y esto aumentaba su tristeza. Vió pasar un cuervo que dió un chillido, y pensó en el tiempo en que los cuervos llevaban un pan á Elías, el solitario piadoso, y sacó la consecuencia de que los cuervos ya no eran caritativos. Después, no pudiendo aguantar más, cerró la ventana, corrió la cortina, y como no tenía con qué comprar aceite para su lámpara, encendió una vela de resina que había traído de un viaje á la Gran Cartuja. Y con más tristeza que nunca, cargó su pipa.

—Afortunadamente, me queda suficiente tabaco para ocultar la pistola—murmuró—y se puso á fumar.

Debía de estar muy triste aquella noche Jaime, para que se decidiera á cubrir la pistola. Era su recurso supremo en las grandes crisis, y con frecuencia le daba buenos resultados. Su sistema era éste: Jaime, fumaba un tabaco que rociaba con unas gotas de láudano, y seguía fumando hasta que la humareda que salía de su pipa se hacía tan espesa, que tapaba los objetos que estaban en su cuartito, y sobre todo una pistola colgada en la pared. Para ello bastaban unas diez chupadas. Cuando la pistola se hacía completamente invisible, sucedía que el humo y el láudano combinados adormecían á Jaime, y sucedía también con frecuencia que su tristeza le abandonaba al umbral de sus sueños.

Pero aquella noche gastó todo su tabaco, la

pistola se había ocultado completamente, y Jaime continuaba estando amargamente triste. Aquella noche, por el contrario, la señorita Paquita estaba extremadamente alegre cuando volvió á su casa, y su alegría no obedecía á causa ninguna, como la tristeza de Jaime: era una de esas alegrías que vienen del cielo y que Dios misericordioso echa en los buenos corazones. La señorita Paquita, pues, estaba de buen humor y subía las escaleras tarareando. Pero cuando estaba abriendo la puerta, entró una ráfaga de viento por la ventana abierta en el rellano y se apagó de pronto su vela.

—¡Dios mío, que contrariedad!—exclamó la joven.—Tener que bajar y subir otra vez seis pisos.

Pero observando que salía luz á través de la puerta del cuarto de Jaime, un instinto de pereza, aguijoneado por un sentimiento de curiosidad, la instó á que fuera á pedir lumbre al artista.—Es un favor común entre vecinos—pensó—y no tiene nada de comprometedor.—Así, pues, dió dos golpecitos en la puerta de Jaime, que abrió, algo sorprendido por aquella tardía visita. Pero apenas hubo ella dado un paso en el cuarto, la humareda que lo inundaba la sofocó súbitamente, y sin poder pronunciar una palabra, cayó desvanecida en una silla, dejando caer su candelabro y la llave. Eran ya las doce de la noche y todo el mundo dormía en la casa. Jaime no creyó necesario pedir auxilio, temiendo ante todo comprometer á su vecina. Se limitó, pues, á abrir la ventana para que penetrara libremente el aire; y después de salpicar con agua el rostro de la joven, vió que se entreabrían sus ojos y que volvía en sí poco á poco. Cuando al cabo de cinco minutos hubo recobrado el conocimiento, Paquita explicó el

motivo que la condujo á casa del artista, excusándose con calor de lo que había ocurrido.

—Ahora que estoy repuesta—añadió—me retiraré.

Y ya había abierto la puerta del cuarto, cuando notó que no sólo se olvidaba de encender su vela, sino que se dejaba la llave de su cuarto.

—Que distraída soy—dijo acercando su vela de resina;—he entrado aquí para pedirle lumbre y me voy sin encender.

Pero, en el mismo instante, la corriente de aire que se estableció en la habitación entre la puerta y la ventana que habían quedado abiertas, apagó súbitamente la vela, y ambos jóvenes se quedaron á oscuras.

—Ni que lo hiciera exprofeso—dijo Paquita.—Dispense usted, caballero, las molestias que le ocasiono y tenga la bondad de encender luz para que pueda buscar la llave.

—Voy, señorita—respondió Jaime buscando los fósforos á tientas.

Pronto los encontró. Pero una idea singular atravesó su mente; se metió los fósforos en el bolsillo, exclamando:

—¡Cuánto lo siento, señorita! Se presenta otra dificultad. No tengo aquí más fósforos, porque he encendido el último al entrar en casa.—¡No está mal pensada la treta!—pensó entre sí.

—¡Ay Dios mío! ¡Dios mío!—decía Paquita.—Todavía podría entrar en casa sin luz, el cuarto no es tan grande que me pueda extraviar. Pero necesito la llave; caballero, yo se lo ruego, ayúdeme á buscarla; debe estar en el suelo.

—Busquemos, señorita,—dijo Jaime.

Y allí tenéis á los dos buscando entre la obscuridad el objeto perdido; pero, como si el instinto

les guiara, hubo un momento en que sus manos, que iban á tientas por el mismo sitio, se encontraron diez veces por minuto. Y como uno y otro eran muy torpes, no supieron hallar la llave.

—La luna, que ahora está oculta por las nubes, entra de lleno en mi cuarto,—dijo Jaime.—Esperemos un poco. Pronto podrá alumbrarnos en nuestras pesquisas.

Y mientras esperaban la aparición de la luna, empezaron á conversar. Una conversación á obscuras, en una habitación reducida y en una noche de primavera; una conversación que, empezando por ser frívola é insignificante, penetra hasta el capítulo de las confidencias, ya podéis imaginaros hasta dónde puede llegar... Las frases se hacen confusas poco á poco, y llenas de reticencias; la voz baja, las palabras intercaladas con suspiros... Las manos que se encuentran acaban la frase que del corazón sube á los labios, y... Buscad la conclusión entre vuestros recuerdos, oh jóvenes parejas. Acuérdesse usted, joven, acuérdesse usted, niña, ustedes que van juntos dándose las manos, y que apenas hace dos días no se habían visto aún.

Por fin, la luna se desenmascaró y su blanca claridad inundó el cuartito; la señorita Paquita salió de su ensueño lanzando un grito sofocado.

—¿Qué tiene usted?—le preguntó Jaime, rodeándola el talle con los brazos.

—Nada,—murmuró Paquita;—creí que llamaban.—Y sin que Jaime se apercibiera, con el pie echó debajo de un mueble la llave que acababa de ver.

Ya no quería encontrarla.

PRIMER LECTOR.—No dejaría este cuento en manos de mi hija.

SEGUNDO LECTOR.—Hasta ahora no he visto siquiera un pelo del manguito de la señorita Paquita; y en cuanto á ella, todavía no sé cómo es, si morena ó rubia.

—Paciencia, lectores, paciencia. Yo os he prometido un manguito y os lo daré al final, del mismo modo que mi amigo Jaime hizo con su pobre amiga Paquita, que se había convertido en su amante, según acabo de explicar en la línea de puntos que he puesto más arriba. Paquita era rubia, rubia y alegre; lo que no es muy común. Había ignorado lo que era amor hasta los veinte años; pero un vago presentimiento de su próximo fin la susurró que no debía tardar si deseaba conocerlo.

Encontró á Jaime y le amó. Sus relaciones duraron seis meses. Se enamoraron en primavera y se separaron en otoño. Paquita era tísica y lo sabía, y su amigo Jaime lo sabía también: quince días después de haberse unido con la joven, lo supo por un amigo suyo que era médico.

—Se marchará cuando amarilléen las hojas,—le dijo éste.

Paquita oyó aquella confidencia y se apercibió de la desesperación que había causado á su amigo.

—¿Qué importan las hojas amarillentas?—le decía, poniendo todo su amor en una sonrisa.—¿Qué importa el otoño, si estamos en verano y las hojas son verdes? Aprovechémonos, amigo mío... Cuando me veas próxima á marcharme de la vida, tú me tomarás entre tus brazos besándome y me impedirás que me vaya. Yo soy obediente, ya lo sabes, y me quedaré.

Y aquella simpática criatura atravesó así, durante cinco meses, las miserias de la vida bohe-

mia, con llanto y la sonrisa en los labios. En cuanto á Jaime, se dejaba engañar. Su amigo le decía con frecuencia:

—Paquita va peor, necesita cuidados.

Entonces Jaime recorría todo París para hallar con qué pagar la receta del médico; pero Paquita no quería oír hablar de medicinas y las tiraba por la ventana. Por la noche, cuando tenía ataques de tos, salía del cuarto y se iba á la meseta de la escalera para que Jaime no la pudiera oír.

Un día que anduvieron juntos al campo, Jaime observó un árbol cuyas hojas empezaban á amarillear y miró tristemente á Paquita que andaba despacio algo estática.

Paquita vió que Jaime palidecía y comprendió la causa de su palidez.

—Eres un tonto—le dijo besándole,—estamos en julio; hasta octubre, quedan tres meses; amándonos noche y día como hacemos, doblaremos el tiempo que debemos pasar juntos. Y después, si me siento peor cuando amarilleen las hojas, nos iremos á vivir entre un bosque de abetos: así las hojas estarán siempre verdes.

.....
 Cuando llegó el mes de octubre, Paquita se vió obligada á guardar cama. El amigo de Jaime la cuidaba... La pequeña habitación donde vivían estaba situada en lo más alto de la casa y daba á un patio en el que se levantaba un árbol, que iba despojándose cada día más. Jaime había puesto una cortina en la ventana para impedir la vista de aquel árbol á la enferma; pero Paquita exigió que retirara la cortina.

—Amigo mío—decía á Jaime,—te he de dar cien veces más besos que hojas quedan...—Y añá-

día:—Yo estoy mejor, además... Pronto saldré; pero como hará frío y no quiero tener las manos encarnadas, me comprarás un manguito.—Durante toda su enfermedad el tal manguito fué su constante deseo.

La víspera de Todos los Santos, viendo á Jaime más desolado que nunca, quiso infundirle valor; y para probarle que estaba mejor, se levantó.

En aquel instante llegó el médico y la hizo acostar otra vez á la fuerza.

—Jaime—dijo al oído del artista,—¡valor! Todo se ha acabado, Paquita se muere.

Jaime se deshizo en lágrimas.

—Dale todo cuanto te pida: ya no hay esperanza.

Paquita oyó con los ojos lo que el médico dijo á su amante.

—No le creas—gritó extendiendo los brazos hacia Jaime,—miente, no le creas. Mañana aun estaremos juntos... Es el día de Todos los Santos; hará frío, cómprame un manguito... Yo te lo ruego, para este invierno temo los sabañones.

Jaime iba á salir con su amigo, pero Paquita retuvo al médico á su lado.

—Ve á buscar mi manguito—dijo á Jaime;—tómalo bueno, que dure mucho.

Y cuando estuvieron solos, dijo al médico:

—¡Oh doctor! Voy á morir, no lo ignoro... Pero antes de marcharme, busque usted algo que me de fuerzas para una noche, yo se lo suplico; concédame otra hermosa noche, y no importa que me muera después, puesto que Dios todopoderoso no quiere que viva por más tiempo...

Mientras el médico le estaba consolando lo mejor que sabía, una ráfaga de viento frío hizo en-

trar en el cuarto, rebatiéndola sobre la cama, una hoja amarilla, arrancada del árbol que había en el patio.

Paquita abrió la cortina y vió el árbol completamente desnudo.

—Es la última,—dijo poniendo la hoja sobre la almohada.

—No morirá usted hasta mañana—le dijo el médico,—todavía le queda una noche.

—¡ Ah! ¡ Qué dicha!—dijo la joven.—Una noche de invierno... qué larga será.

En esto volvió Jaime, trayendo un manguito.

—¡ Qué bonito es!—dijo Paquita.—Lo llevaré cuando salga.

Y pasó la noche con Jaime.

Al día siguiente, fiesta de Todos los Santos, al toque de mediodía, entró en agonía y empezó á temblar por todo el cuerpo.

—Tengo frío en las manos,—murmuró;—dame mi manguito.

Y hundió sus pobres manos en el abrigo...

—Se acabó,—dijo el médico;—bésala.

Jaime pegó sus labios en los de su amiga. En el último momento quisiéronle quitar el manguito, pero ella lo retuvo entre sus crispadas manos.

—No, no,—dijo;—dejádmelo: estamos en invierno; hace frío. ¡ Ah! ¡ Pobre Jaime mío!... ¡ Pobre Jaime mío!... ¿ Qué será de tí? ¡ Ah, Dios mío!

Y al día siguiente Jaime estaba solo.

PRIMER LECTOR.—Ya lo decía yo que la historia no tenía nada de alegre.

—¿ Qué quiere usted, lector? No podemos reir siempre.

II

Era la mañana del día de Todos los Santos. Paquita acababa de morir.

Dos hombres velaban á la cabecera: el uno, que estaba de pie, era el médico; el otro, arrodillado al lado de la cama, pegaba sus labios en la mano de la muerta, y parecía que quería sellárselas con un beso desesperado; era Jaime, el amante de Paquita. Hacía seis horas que permanecía en un estado de dolorosa insensibilidad. Un organillo que pasó por debajo de las ventanas le sacó de su postración.

Aquel organillo tocaba una canción que Paquita acostumbraba á cantar por la mañana al despertarse.

Una de esas esperanzas insensatas que sólo pueden nacer en las grandes desesperaciones, hirió la mente de Jaime. Retrocedió un mes en su pasado, cuando Paquita sólo estaba moribunda; olvidó la hora presente, y se imaginó por un momento que la difunta sólo estaba dormida, y que iba á despertarse en seguida con la boca entreabierta al canto de su estribillo matutino.

Pero aun no estaban extinguidos los sonos del organillo, que ya Jaime se había dado cuenta de la realidad. Los labios de Paquita se habían cerrado eternamente para las canciones, y la sonrisa que en ellos dibujó su último pensamiento se iba borrando, dejando su sitio á la muerte.

—¡ Valor, Jaime!—dijo el médico, amigo del escultor.

Jaime se levantó y dijo mirando al doctor:

—¿ Todo se ha acabado, no es verdad? ¿ No queda esperanza alguna?

Sin contestar á esta locura, el amigo cerró las cortinas del lecho; y acercándose en seguida al escultor, le tendió la mano.

—Paquita ha muerto...—dijo;—lo debíamos esperar. Dios sabe que hemos hecho cuanto estaba en nosotros por salvarla. Era una muchacha honrada, Jaime, que te ha amado mucho, mucho más de lo que la amabas tú mismo; pues su amor sólo estaba hecho de amor, mientras que el tuyo era una mezcla impura. Paquita ha muerto... pero no ha acabado todo, precisa pensar en hacer las diligencias necesarias para su entierro. Vamos á ocuparnos de esto los dos, y durante nuestra ausencia rogaremos á vuestra vecina que la vele.

Jaime se dejó arrastrar por su amigo. Durante todo el día estuvieron en la alcaldía, en la administración de pompas fúnebres y en el cementerio. Como Jaime no tenía dinero, el médico empeñó su reloj, una sortija y algunas prendas de vestir para subvenir á los gastos del entierro, que fué señalado para el día siguiente.

Era ya tarde cuando volvieron á casa; la vecina obligó á Jaime á comer un bocado.

—Sí,—dijo,—comeré; tengo frío, y necesito cobrar fuerzas para trabajar esta noche.

La vecina y el médico no comprendieron.

Jaime se sentó á la mesa y comió con tanta precipitación algunos bocados que por poco se ahoga. Entonces pidió de beber. Pero al acercar el vaso á la boca, Jaime lo dejó caer al suelo. El vaso, que se hizo mil pedazos, había despertado en la memoria del artista un recuerdo que á su vez despertaba su dolor mitigado por un momento. El día en que Paquita había entrado por primera vez en su casa, la joven, que ya estaba enferma, se sintió

indispuesta, y Jaime la dió á beber un poco de agua con azúcar en aquel vaso. Más tarde, cuando vivían juntos, habían hecho de aquel objeto una reliquia de amor.

En sus escasos momentos de riqueza, el artista compraba para su amiga una ó dos botellas de un vino fortificante cuyo uso le estaba prescrito, y en aquel mismo vaso bebía Paquita aquel licor que le daba un agradable placer.

Jaime se quedó más de media hora mirando, sin decir palabra, aquellos fragmentos esparcidos de aquel frágil y querido recuerdo, y le pareció que también su corazón acababa de romperse y que sentía desgarrársele el pecho con sus estallidos. Cuando volvió en sí, recogió los pedazos de vidrio, y los tiró á un cajón. Después, rogó á la vecina que fuese á comprar dos bujías y á avisar al portero que le subiera un cubo de agua.

—No te vayas—dijo al médico, que ni siquiera lo había imaginado;—pronto tendré necesidad de ti.

Trajéronle el agua y las bujías; los dos amigos se quedaron solos.

—¿Qué quieres hacer?—dijo el médico viendo que Jaime, después de haber echado agua en una artesa de madera, iba tirando en ella escayola á puñados uniformes.

—¿No adivinas lo que voy á hacer?—dijo el artista;—voy á sacar el molde de la cabeza de Paquita; y como me faltaría valor si me quedara solo, te quedarás.

Jaime corrió en seguida las cortinas de la cama y quitó el paño con que habían cubierto el rostro de la muerta. La mano de Jaime empezó á temblar y un sollozo ahogado ascendió á sus labios.